

ENTRE LA CASA Y LA ACADEMIA. CEREMONIAL
FUNERARIO Y ELOGIO ACADÉMICO EN LAS EXEQUIAS
DE JUAN MANUEL FERNÁNDEZ PACHECO, VIII
MARQUÉS DE VILLENA*

*Between the House and the Academy. Religious Ceremonial
and Academic Praise at the Funeral of Juan Manuel
Fernández Pacheco, VIII Marquis of Villena*

Francisco PRECIOSO IZQUIERDO
Universidad de Murcia
fpi13824@um.es

Fecha de recepción: 27/07/2021
Fecha de aceptación definitiva: 08/12/2021

RESUMEN: Este artículo tiene como objetivo analizar las prácticas de representación y distinción llevadas a cabo con ocasión del fallecimiento en 1725 de Juan Manuel Fernández Pacheco, VIII marqués de Villena, fundador y director de la Real Academia Española. Para ello examinamos los diversos dispositivos funerarios organizados tanto por la casa como por la academia, estudiando la pluralidad de elementos simbólicos y materiales que confluyeron en la construcción y exaltación de su memoria. Tales evocaciones evidenciaron una primera y original lectura biográfica a partir de una serie de recursos que sirvieron para ensalzar su papel al frente del linaje Pacheco, su experiencia en el campo de batalla y su buen hacer como protector y mecenas de las letras, características que ayudaron a configurar una memoria distinguida que se elevó como prototípica de la nobleza posible en tiempos de Felipe V.

Palabras clave: ceremonial fúnebre; elogio académico; prácticas de representación y distinción; Real Academia Española; marqués de Villena.

* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación: I+D+i: PID2020-113509GB-I00: *Generaciones inciertas. Las familias de los influyentes españoles en tiempos de transformación (1740-1830)*, financiado por MCIN/ AEI/10.13039/501100011033.

ABSTRACT: This article aims to analyze the practices of representation and distinction deployed on the death of Juan Manuel Fernández Pacheco, VIII marqués de Villena, in 1725. To do this, we examine the various funerary devices organized by both the Villena house and the Royal Spanish Academy. We study the plurality of symbolic and material elements that converged in the construction and exaltation of the distinguished memory. These evocations express a first and original biographical reading of the Marquis through the memory of his role as a man of the lineage, his experience on the battlefield and his good work as protector and patron of the letters, characteristics that helped to configure a distinguished memory as prototypical of the nobility in the time of Felipe V.

Key words: Funeral ceremony; Academic praise; Representation and distinction practices; Royal Spanish Academy; Marquis of Villena.

1. EL OCASO DE JUAN MANUEL FERNÁNDEZ PACHECO, VIII MARQUÉS DE VILLENA. MEMORIA Y DISTINCIÓN DE LA NOBLEZA POSIBLE

Para Francisco Sancho Granado, censor que avaló la publicación de las exequias organizadas en 1725 por la Real Academia Española en honor de su fundador y primer director, Juan Manuel Fernández Pacheco, no había duda: «Porque llegó a juntar con su elevado entendimiento, con su valor, con su magnanimidad, con su genio, con su estudio, con su experiencia, y con su aplicación, prendas tan muchas, tan diversas, y casi tan opuestas, que pudiera llamarle el monstruo de su siglo» (*Relación de las exequias...*). Tal y como mandaban los cánones de este tipo de literatura laudatoria, la exageración de las virtudes del finado era algo previsto y en cierta manera buscado por todos. Aun así, en el caso concreto, la enumeración de la serie de elogios y adulaciones formales no tenía por qué esconder el sentimiento y la admiración compartidas por buena parte de la élite cultural y erudita del momento hacia don Juan Manuel. Tanto es así que todavía dos décadas después de su muerte se podían seguir leyendo referencias similares al marqués de Villena en una de las primeras historias del reinado de Felipe V, la publicada por el religioso alicantino fray Nicolás Jesús Belando (1744: 56), en su *Historia Civil de España*: «El ardiente celo de este Heroe español, por la gloria de la Nación, no reparó en el trabajo de una nueva empresa, porque sería en todo tiempo gloriosa, y de grande lustre a la Patria».

El impacto de la trayectoria política de Fernández Pacheco hubo de ser ciertamente relevante para sus coetáneos¹. A sus trabajos en pro de la constitución y puesta en marcha de la Real Academia Española se sumaban sus numerosos empleos en la administración virreinal peninsular durante el reinado de Carlos II (en Navarra, Aragón y Cataluña) y como *alter ego* de Felipe V en Sicilia y Nápoles

1. Observadores franceses como el duque de Saint-Simon habían alabado ya al marqués de Villena por su fidelidad a Felipe V y sus amplios conocimientos en amplios campos del saber y conocimiento (Luzzi Traficante, 2014: 334).

a comienzos del siglo XVIII. En 1711, después de varios años recluido en Gaeta bajo dominio de las autoridades imperiales, fue canjeado por presos austracistas y liberado. Su regreso a España iba a coincidir con su elevación definitiva por encima del resto de nobles cortesanos al ser nombrado mayordomo mayor del rey. Hasta su muerte en 1725, su papel fue el propio de un miembro de la Grandeza dominador del espacio áulico del monarca (Luzzi Traficante, 2014: 256-265), patrón de las letras² y protector de algunos de los futuros ministros reformistas que harían carrera en los órganos administrativos de la monarquía (Precioso Izquierdo, 2014; Precioso Izquierdo, 2017).

De puertas adentro, como titular de la casa de Villena, el VIII marqués había devuelto a la familia a unas cotas de distinción y poder simbólico como hacía tiempo que no disfrutaban los Pacheco³. Si la profusión de cargos políticos y mercedes cortesanas acumuladas por don Juan Manuel y sus hijos (como la dignidad de caballeros de la Orden del Toisón de Oro) reflejaba perfectamente el protagonismo social en auge de los Villena, otras iniciativas culturales del significado y alcance de la fundación de la Real Academia Española en 1714 servían para confirmar la nueva proyección de la casa en la naciente monarquía borbónica (Velasco Moreno, 2000). Además, como señor jurisdiccional de sus estados, el VIII marqués había logrado superar una crítica situación concursal agravada por la temprana muerte de sus padres, dejando a sus descendientes una relativa estabilidad económica apoyada en una sólida administración señorial compuesta por hábiles funcionarios que, en algún caso, supieron aprovecharse y beneficiarse de la protección inicial dispensada por la casa (Precioso Izquierdo, 2014; Flores Varela, 1997).

Se entiende, por tanto, el interés que podía despertar una vida como la del VIII marqués de Villena. De hecho, consciente o inconscientemente, quienes contribuyeron de forma temprana a la construcción de su memoria fueron las instituciones más directamente implicadas en la biografía del protagonista. Si la casa de Villena, por una parte, se encargó de subrayar en el itinerario geográfico que recorrió su cortejo fúnebre algunos aspectos destacados del linaje y la grandeza del fallecido, la Real Academia Española, por su parte, se inclinó por vincular la memoria del marqués con la promoción de la excelencia y el desarrollo cultural mediante una serie de referencias que lo definían como el auténtico héroe de las letras. En ambos casos, una como otra coincidieron en la exaltación de la vida de don Juan Manuel a través de determinados discursos visuales y escritos por los

2. Pocos, aunque muy significativos, han sido los autores que se han dedicado al análisis de la actividad cultural de don Juan Manuel. Entre otros aspectos se ha destacado su monumental biblioteca, su participación en la animada vida de las tertulias de eruditos de la España de finales del siglo XVII o algunas de las iniciativas más destacadas que impulsó como director de la Real Academia: Lázaro Carreter (1972); Andrés (1988); Álvarez de Miranda (1993); y Zamora Vicente (1999: 23-33).

3. Para una evolución de la casa de Villena desde la crisis de finales del siglo XV, *vid.* Molina Puche (2009).

que se inferían multitud de ideas sobre la conducta, los valores, las virtudes y las cualidades consideradas dignas de encomio y recuerdo.

Las páginas que siguen tienen como objetivo principal analizar la memoria de nobleza que se afanaron en construir la casa de Villena y la Real Academia Española a la muerte de don Juan Manuel. En este sentido, nos proponemos estudiar, por un lado, las características más significativas del ceremonial funerario puesto en marcha por la casa, en especial, la organización del itinerario que condujo el cuerpo sin vida de don Juan Manuel desde Madrid hasta el monasterio segoviano del Parral, fundación de los Pacheco. Por otro lado, pretendemos examinar la recreación de las virtudes del individuo-héroe de las letras atribuidas al marqués en los sermones y elogios pronunciados en las honras fúnebres organizadas en la corte por la Real Academia Española. Ambos escenarios permiten analizar de forma complementaria la mirada retrospectiva con la que se quiso enfatizar la memoria del marqués por parte de la casa y la academia, dos operaciones igual de efectivas en la consecución de la reproducción social de los protagonistas y al mismo tiempo fundamentales en la definición del noble ideal en la España de comienzos del siglo XVIII.

2. EN LA MUERTE DE UN GRANDE. LA CASA DE VILLENA Y EL CEREMONIAL FUNERARIO DEL VIII MARQUÉS

Años antes de su fallecimiento, el propio don Juan Manuel se aventuró a tomar una serie de decisiones relativas al destino de sus restos mortales. Lo hizo en el testamento otorgado en Madrid ante el escribano Jerónimo Gallego Gutiérrez, a finales de octubre de 1716. Tras una prolija profesión de fe en la que destacaba la alusión a la intercesión de «San Andrés Apostol especial Patron de mi Casa y debajo de cuiro Patrocinio he vivido y mis maiores e hijos» (*Testamento de Juan Manuel Fernández Pacheco...*: c. 689, doc. 51, f. 6v.), ordenaba que se entregara su cuerpo «para que se haga de él Anatomía para que ya que no ha podido aprovechar a mis prójimos vivo, aproveche si quiera en esta forma muerto». El mandato se completaba reconociendo que, a pesar de «mis gavisimos pecados», aunque no merecía sepultura eclesiástica «suplico se le procure solicitar en el Campo Santo de algún Hospital donde deseo quede desconocido en la compañía de los Pobres» (*Testamento de Juan Manuel Fernández Pacheco...*: c. 689, doc. 51, f. 7r.).

Si la primera decisión de don Juan Manuel enfatizaba el recogimiento y servía para destacar algunas de sus pretendidas virtudes (humildad, generosidad, compromiso con la investigación...), la segunda alternativa que ofrecía a sus testamentarios optaba por una solución mucho más convencional o de «casa», es decir, el traslado e inhumación de su cuerpo en el interior de algunas de sus fundaciones o patronatos religiosos. De este modo, si el primero de los destinos «no pareciera a mis testamentarios», mandaba que:

mi entierro sea sin pompa alguna ni más acompañamiento que el de los Eclesiásticos y Pobres y sea mi cuerpo llevado al convento de religiosos de Nuestro Padre San Geronimo de la Ciudad de Segovia que llaman del Parral de que soy Patrono para que sea sepultado con los de mis maiores que allí están. (*Testamento de Juan Manuel Fernández Pacheco...*: c. 689, doc. 51, f. 7r.)

La solución por el monasterio segoviano del Parral era, a todas luces, la más congruente con la cultura funeraria de la nobleza de su tiempo. Como indica Jara Fuente (1996), la mayoría de los nobles confiaban el cuidado de sus restos y el sufragio de sus almas a iglesias o monasterios patrocinados por ellos mismos, encargando a los sacerdotes o a las comunidades de religiosos la recepción, el entierro y las funciones más significativas en este tipo de ceremonias⁴. En este caso, el lugar elegido era el cenobio del Parral, fundación *jerónima* donde recibían sepultura los titulares de la casa de Villena⁵ y, por tanto, la ubicación idónea para mostrar a don Juan Manuel como un eslabón más en la cadena de marqueses que ligaban el presente con el pasado y el origen de los Pacheco⁶. Además, en el Parral descansaban los restos de Josefa de Benavides, esposa del VIII marqués, quien había elegido en su testamento ser enterrada en la «capilla mayor» (*Testamento de Josefa de Benavides...*: c. 689, doc. 11, s/f). Una voluntad fielmente cumplida a finales de mayo de 1692 por su hijo, Mercurio Antonio, conde de San Esteban de Gormaz, quien se encargó de supervisar el traslado de los restos de su madre desde Pamplona, lugar donde le sorprendió la muerte, hasta Segovia (*Descripción del traslado...*: c. 689, doc. 23, s/f)⁷.

Más de tres décadas después se repetiría una operación similar con los restos de don Juan Manuel. Su muerte, acaecida el 29 de julio de 1725, dio inicio a una serie de operativos en los que la casa ocupó un papel central en la configuración de la despedida del VIII marqués. Descartada la donación del cuerpo prevista inicialmente en su testamento, sus hijos optaron por el traslado de sus restos desde su lugar de residencia hasta el monasterio segoviano⁸. La noticia del fallecimiento sería comunicada silenciosamente extramuros del palacio de los Villena, en la madrileña plaza de las Descalzas, mediante un simbólico cierre de todas las ventanas y puertas de la casa «dejando solamente un postigo abierto para el uso inescusable de los domésticos» (*Relación del entierro...*: s. f., s. n.).

4. Las prácticas culturales desarrolladas en torno a la muerte por la nobleza fueron configurándose en parte como una imitación de las empleadas en las ceremonias religiosas de los príncipes y reyes (Varela, 1990).

5. Sobre la relación del convento jerónimo de El Parral y los Pacheco, vid. Marcos Aldón (1999).

6. Algo parecido, pero cambiando la escenografía segoviana por la de Guadalajara, es descrito para los duques del Infantado por Carrasco Martínez (2010: 210-244).

7. Es el Testimonio de la entrega o depósito [...] del cuerpo de la Señora marquesa Dña. Josefa de Benavides [...] al Monasterio del Parral en 24 de mayo de 1692.

8. La descripción del cortejo y el itinerario fúnebre nos es posible gracias a sendas relaciones localizadas en el Archivo General de la Fundación Casa Medina Sidonia.

El siguiente acto consistió en dar «aviso a la contigua parroquia de Santa María la Real de la Almudena para que comenzasen a Samorear (*sic*) como también lo hicieron en el Convento de Nuestro Padre San Francisco de religiosos observantes, de cuya provincia de Castilla es Patrón SExca.» (*Relación del entierro...*). Mientras tanto, el cuerpo de don Juan Manuel reposaba en el interior de la estancia en la que había fallecido iluminado por una vela situada en cada una de las cuatro esquinas de la cama y otras dos en los pies.

Ese mismo día, antes de la exposición del cadáver, se abrió el testamento que el marqués había otorgado en 1716 en una ceremonia presidida por Alonso Rico, alcalde de Casa y Corte, a la que asistieron:

los señores parientes que fueron avisados, y eran el marqués de Valero, presidente del consejo de Indias y sumillers de Corps de SM, el duque de Osuna, primer teniente de las Reales Guardias de Corps, el Marqués de Ariza, Almirante de Aragón, don Luis Pablo de Moscoso, capellán mayor de San Isidro, el duque de Medina Sidonia y el señor don Andrés Pacheco, conde de Castañeda, nieto del difunto. (*Relación del entierro...*)

Pasadas veinticuatro horas del fallecimiento del marqués se procedió a embalsamar su cuerpo, «con acierto», para ser trasladado a hombros de su familia «a la pieza destinada para que estuviese de cuerpo presente» (*Relación del entierro...*). En ese lugar no especificado de la casa quedó expuesto el cadáver de don Juan Manuel «vestido en toda forma con botas y espuelas, espada, bastón, el sombrero puesto y el collar del Orden del Toyson». La estancia quedaba adornada a los lados de la cama «con dos altares con dos cuadros colgados en la pared» (*Relación del entierro...*).

Hasta el día 2 de agosto el cuerpo de don Juan Manuel fue velado en todo momento por seis religiosos franciscanos, algunos criados mayores y otros de librea. A media tarde del lunes 2 de agosto, «se cerraron las puertas y se bajó la caja por los criados mayores a medio de la sala donde se le quitó el Collar de la Orden del Toyson». Tras haberle sido retirada la distinción «y haberle sacado el Cordero de oro», se «soldó la caja interior de plomo [...] y el camarero cerró la caja exterior» (*Relación del entierro...*). A media noche, los criados mayores del difunto marqués bajaron la caja con los restos de su señor hasta el coche de caballos, la amarraron «y puesta la cubierta de terciopelo sobre ella y un capellán en cada estribo», dio comienzo la larga marcha hasta Segovia. El séquito estuvo presidido en todo momento por el nieto de don Juan Manuel, Andrés Luis López Pacheco, conde de Castañeda, a quien su padre, Mercurio Antonio López Pacheco, y su tío, Marciano López Pacheco, habían entregado el cuerpo de su abuelo para que lo condujera hasta su sepultura en compañía de numerosos coches con los criados más cercanos del marqués.

El itinerario recorrido por el cortejo fúnebre describe numerosas paradas en iglesias de Aravaca, Las Rozas, Torreledones y el día 3 de julio en el lugar de Los Molinos. Al día siguiente, a las cinco y media de la tarde, se anota la llegada del

cuerpo a las inmediaciones de la ciudad de Segovia, a cuya entrada comenzaron a repicar al unísono las campanas de todas las iglesias locales. Al parecer, esa misma tarde, el cuerpo del difunto marqués fue trasladado a la capilla mayor del convento del Parral, donde quedaría hasta el día siguiente. El 5 de julio, por la mañana, se llevaba a cabo la ceremonia oficial de entrega y depósito del cadáver de don Juan Manuel. El escribano del rey, Lorenzo Sierra, fue el encargado de dar fe de las disposiciones testamentarias del marqués, quien «dejó dispuesto y ordenado fuese su cuerpo sepultado en este dicho real monasterio de los excelentísimos señores marqueses de Villena, Duques de Escalona» (*Relación del entierro...*).

En cumplimiento de su última voluntad se procedió a la entrega de su cuerpo, de cuyo testimonio dio fe el escribano Sierra: «De cómo le entrega a los muy reverendos padres prior y monjes de dicho real monasterio y de cómo queda sepultado dicho cuerpo en la referida iglesia y capilla mayor en presencia de toda la serie de monjes profesos del convento así como de los criados más cercanos del marqués», es decir, de «don Juan de Lizondo, camarero, don Agustín Bazán, mayordomo de dicho excelentísimo señor marqués de Villena, y de don Francisco de Orozco, ayo de dicho excmo. Señor conde de Castañeda» (*Relación del entierro...*). En presencia de los anteriores y de algunas autoridades locales más, la relación recoge el momento preciso en que:

se abrió una caja de madera forrada en paño negro conforme a la ley, que estaba en un tumulto en la capilla mayor de dicha iglesia y habiéndose abierto dicha caja con dos llaves que para este efecto entregó el dicho conde de Castañeda, dentro de ella se halló otra de plomo, y por una vidriera que tenía se vio y manifestó y registró la cara y parte del cuerpo y cadáver [...] del dicho excelentísimo señor marqués de Villena, duque de Escalona y el mismo que se le entregó a dicho señor conde de Castañeda en Madrid por su padre y tío. (*Relación del entierro...*)

Tras haberse reconocido y corroborado la identidad del cadáver «se volvió a cerrar la dicha caja, y la una llave de ellas se volvió a entregar a su excelencia conde de Castañeda y la otra se quedó en poder del dicho muy reverendo padre prior» (*Relación del entierro...*), quien como tal y en nombre del convento «recibió el cuerpo de dicho señor marqués de Villena, duque de Escalona», para inmediatamente después darle «tierra y sepultura» en «la dicha capilla mayor al lado de la Epístola inmediato a la primera grada de las que suben al altar mayor» (*Relación del entierro...*).

Con el traslado y sepultura de los restos del marqués se ejecutaba lo dispuesto por el mismo don Juan Manuel en su testamento. El recorrido y sobre todo el lugar de entierro, sepultura tradicional de buena parte de sus ancestros, evidenciaba la continuidad del linaje, el entronque con el pasado y la reactivación de un lugar de memoria clave para la exaltación de los Pacheco. Se cumple así lo que recientemente ha escrito Jonathan Powis (2007: 78) sobre el papel del entierro entre los miembros de las aristocracias: «El grande iba al lugar de su eterno descanso

no tanto como un individuo distinguido sino como una evidente encarnación del poder hereditario». Semanas después será la Real Academia Española la que se sume a las operaciones de recuerdo laudatorio mediante la organización de las exequias fúnebres de su fundador y primer director, un homenaje en el que estará en juego la construcción de la memoria más reconocida e idealizada de Fernández Pacheco.

3. EL MONSTRUO DE SU SIGLO. LA MEMORIA DE JUAN MANUEL FERNÁNDEZ PACHECO EN LAS HONRAS FÚNEBRES DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Los trabajos organizados por la Real Academia Española para dar pública cuenta del lamento por la pérdida de su «Padre», el marqués de Villena, comenzaron solo cuatro días después del fallecimiento de don Juan Manuel. El martes tres 3 de julio de 1725, en sesión extraordinaria, los académicos reunidos acordaron celebrar «por S. E. unas Honras con toda la solemnidad posible» con el fin de «hacer alguna demostración pública de su gratitud a un Héroe, a quien no solamente debió el ser en su primera erección, sino también el aumento a que ha llegado con la protección del Rey nuestro señor» (*Relación de las exequias...*: s. f.). Para velar por la correcta ejecución de los preparativos se nombró una pequeña comisión formada por los académicos Manuel de Villegas, Lorenzo Folch de Cardona y el secretario Vincencio Squarzafigo.

En esa misma junta se acordó la fecha y el lugar dónde se celebraría el homenaje. Sería el trece 13 de agosto, «primer día desembarazado, entre los que se pudieron elegir para semejantes oficios» (*Relación de las exequias...*: s. f.), en la iglesia de Santa María la Real de la Almudena, sitio idóneo tanto por su proximidad a la casa del marqués como por ser la «principal de Madrid». La eucaristía correría a cargo del doctor Marcos Enamorado, cura propio de la iglesia, mientras que el sermón se encomendó a uno de los académicos más cercanos al propio don Juan Manuel, el religioso mercedario fray Juan Interián de Ayala. Académico de primera hora, ocupaba la silla E en la institución. Interián de Ayala había destacado ya anteriormente por ser el autor de la oración fúnebre de la reina María Luisa Gabriela de Saboya, primera esposa de Felipe V (Zamora Vicente, 1998: 68). Sin embargo, parece que, en esta ocasión, fray Juan había manifestado ciertas dudas a la hora de aceptar el encargo de sus compañeros académicos «por la ternura que precisamente había de tener», unos reparos que finalmente fueron vencidos y que no impidieron la pronunciación de su oración fúnebre «con el mayor acierto, elegancia y magisterio» (*Relación de las exequias...*: s. f.). Para el elogio de las virtudes políticas y personales del marqués, los académicos eligieron al padre Joseph Casani. Este jesuita, miembro también del reducido círculo de académicos fundadores, ocupaba en ese momento la silla G de la institución. El elogio de Casani no formó parte de la ceremonia que se representó en la iglesia de la Almudena, sino que fue leído en la academia en una sesión

posterior⁹. Tanto el sermón de Interián de Ayala como el elogio de Casani fueron publicados impresos por la propia Academia unos meses más tarde, pues a finales de noviembre de 1725 consta que el nuevo director, don Mercurio Antonio, había hecho repartir ya entre los académicos la versión final con ambos textos (*Libro de Actas...*, 2: ff. 158r.-158v.).

En esa publicación se incluía un capítulo con la «Noticia de la forma en que se celebraron las Honras» (*Relación de las exequias...*: s. f.). Se trata de una relación breve en la que se recoge lo sustancial de la jornada que, en honor a don Juan Manuel, tuvo lugar en la Almudena el 13 de agosto. A las ocho de la mañana comenzó el teatro de operaciones con el despliegue de una «esquadra de doce soldados Alabarderos de la guardia de su Magestad» solicitados por la academia «para evitar la confusión del Pueblo, y asegurar el buen orden» (*Relación de las exequias...*: s. f.). Tras la llegada al templo, cuatro de ellos se situaron en cada uno de «los ángulos del circo, dos en cada una de las tres puertas del circo, y dos en la que sale a él desde la Sacristía». El túmulo funerario, según la relación, se reducía a «la tumba sobre una tarima grande, cubierta esta y el sitio que debían ocupar las hachas con bayetas, y aquella con un precioso paño y almoháda de terciopelo negro, bordado de sedas. Y sobre la almoháda [...] una espada, y un bastón cruzados, de que pendía el collar del Orden del Toisón» (*Relación de las exequias...*: s. f.).

A las nueve de la mañana, los académicos reunidos en la iglesia pasaron juntos a recoger al nuevo director de la institución, a quien acompañaron hasta la Almudena. Don Mercurio «ocupó el lugar preeminente en el banco travisso» y junto a él se sentaron los dos académicos más antiguos, el sacerdote Juan de Ferreras y el historiador Andrés González de Barcia. El resto de académicos:

se sentaron interpolados sin distinción, con el concurso de convidados, que se componía de Grandes, Títulos, Ministros, criados de las Casas Reales de las clases de Caballeros, y otras muchas Personas de distinción, en número tan copioso, que no cupieron todos en quatro hileras de bancos que se extendían por toda la longitud del cuerpo de la Iglesia hasta la Capilla mayor. (*Relación de las exequias...*: s. f.)

En ese escenario pronunció Interián de Ayala su oración fúnebre. En la versión impresa que vería la luz en noviembre de ese mismo año iba precedida por la aprobación dictada por el padre Francisco Sancho Granado, quien elogió ampliamente el trabajo del académico reconociendo que su oración «no tiene

9. En el impreso donde se conservan ambos opúsculos, se recoge como fecha de la reunión en la que se leyó el elogio de Casani el 29 de agosto de 1725. Sin embargo, en el Libro de Actas de la Real Academia Española, el asiento se corresponde con la reunión celebrada el 23 de agosto de 1725. En esa misma reunión, los académicos discutieron sobre la sede más propicia para la publicación del texto de Casani, si junto al sermón de Interián de Ayala o incluido en la parte del diccionario dedicada a la historia de la Academia que estaba preparando el propio Casani. Finalmente, como sabemos, se optó por su publicación conjunta con la oración fúnebre (*Libro de Actas...*, 2: ff. 151v.-152r.).

proposición que no sea hermosa, cláusula que no sea elegante, voz que no sea castiza, expresión que no sea propia, concepto que no sea sutil, figura que no sea retórica», aciertos que en esa ocasión se debían más al mérito del «Héroe que celebra, que a la pluma que lo escribe». Sin riesgo a exagerar, podemos afirmar que la aprobación de Sancho Granado se convirtió en el tercer elogio del marqués, ya que aprovechó su censura para realizar un cuadro lo más benigno (y exagerado) posible de las virtudes de don Juan Manuel.

La oración fúnebre de Interián de Ayala se enmarca perfectamente en el tipo de literatura laudatoria que, con ocasión de las honras y funerales de grandes personajes de la realeza, la Iglesia o la propia nobleza se organizaban con el fin de exaltar las virtudes del homenajeado¹⁰. El fin último no era otro que glosar las prendas del hombre a quien se tomaba como ejemplo de virtud, celebrándose una vida plagada de aciertos en medio de solemnes espectáculos cívico-religiosos que tenían un objetivo claramente moralizante. Una oportunidad idónea para crear y recrear imágenes fuertemente idealizadas con las que se contribuía a perfilar los límites de una memoria determinada al gusto de la comunidad que la cincelaba y recibía como elemento cohesionador y ejemplo de lo posible, del hombre (príncipe, noble o señor de la Iglesia) ideal buscado y proyectado por la sociedad del momento (Jara Fuente, 1996; Mínguez, 1991; Serrano Martín, 2014). De eso se encargó, entre otros, fray Juan Interián de Ayala, quien, entre referencias continuas al «héroe», trató de apuntar las cualidades más significativas que a su juicio sobresalían de «un Caballero, un Señor, un Grande, cuya memoria lo fue, lo es, y lo será por interminable duración entre los mayores de España, de Europa, y del mundo» (*Relación de las exequias...*).

El héroe al que se están refiriendo Interián de Ayala, Casani o Sancho Granado responde bien a la definición que podemos encontrar en 1734 en el tomo IV del *Diccionario de Autoridades* –obra impulsada precisamente por Juan Manuel Fernández Pacheco (Carrascondo Esquivel, 2010; Lázaro Carreter, 1972)–, esto es, aquel «Varón ilustre y grande, cuyas hazañas le hicieron digno de inmortal (sic) fama y memoria. Los Antiguos llamaban así a los que por sus acciones grandes los tenía el vulgo por deidades, y (como dice Luciano) por un compuesto de Dios y hombre». Limitando nuestra atención a la primera parte del significado de la voz, serían las «hazañas» de don Juan Manuel las que le permitirían acceder al olimpo de la fama y memoria inmortal, unas acciones dignas de todo encomio que se explicarían en buena medida como producto de una vida virtuosa que tanto Interián de Ayala como Casani tratarán de recrear y proyectar al común de la sociedad más erudita del momento. Es lo que Calvo Maturana y Martínez Maza (2020) han denominado «fiebre por lo heroico», es decir, el desarrollo de procesos de *heroización* que tenían como fin «homenajear a aquellos de sus miembros que reunían

10. Práctica que desde finales de la Edad Media fue ampliándose progresivamente entre los miembros de las élites y poderosos locales (Olivet García-Dorado, 2018).

los valores o servían a las causas que eran fundamentales para la colectividad». ¿Qué virtudes o qué modelo de comportamiento digno podría representar don Juan Manuel a la altura de 1725?

La respuesta la encontramos en el perfil dibujado, primeramente, por el propio Interián de Ayala. Don Juan Manuel va a ser el *exemplum* del noble ideal construido a partir de una serie de referencias que lo vinculan con su función guerrera, política, erudita y finalmente devota. Aunque sobre las cuatro dimensiones se ponga el mismo énfasis, la parte política –como hombre de gobierno– y la parte docta o más sabia del marqués –como hombre de letras y ciencia– van a destacar por encima de las restantes. Todas, sin embargo, forman parte del retrato ideal celebrado y honrado por la comunidad que despidió a don Juan Manuel y que lo elevó como espejo de virtudes. Entre otras, vale la pena subrayar aquellas que lo sitúan como «esforzado guerrero», una imagen que conecta con el pasado más remoto de Fernández Pacheco, es decir, con sus años de juventud, cuando «deseó con heroica resolución pasar a Viena de Austria a militar como un particular Aventurero, en la ocasión en que tenía cercado a aquel Imperial baluarte del nombre Christiano el casi innumerable ejército del Turco» (*Relación de las exequias...*: f. 7). Una inoportuna enfermedad retrasaría su voluntad inicial de acudir a luchar «contra los Mahometanos», lo que materializaría una vez repuesto junto al duque de Béjar y el marqués de Valero, con quienes «passó a hallarse personalmente en las muchas y varias acciones y empresas, que se ofrecieron en el famoso sitio de Breda [...] sin negarse a los combates y a los asaltos: de uno de los quales salió gloriosamente herido» (*Relación de las exequias...*: f. 7). Mismo valor guerrero demostraría años después en la batalla del río Ter contra los franceses, cuando siendo virrey de Cataluña «cumplió y dio satisfacción tan lleno a las obligaciones de un Grande Capitán General [...] arrojándose intrépidamente hasta el medio de los más espeso y funesto de los peligros» (*Relación de las exequias...*: f. 7).

Como hombre de gobierno, Interián de Ayala subrayó la prudencia y medida en el continuado servicio al rey que demostró en todas sus acciones, como cuando decidió –ante las urgencias de Carlos II– donar «la vaxilla de plata, nada escasa, y nada vulgar, de que se servía, o en que le servían para comer». Su hoja de servicios políticos no podía por menos que ser celebrada como ejemplo de abnegada carrera «tan digna y tan cumplidamente» servida. Para el orador, fueron sus empleos y la forma de desempeñarlos los verdaderos avales que le permitieron no solo ser Grande sino «hacerse Grande»: general de la caballería del Principado de Cataluña; virrey sucesivamente de Navarra, Aragón y Cataluña por designio de Carlos II; a comienzos del siglo XVIII, ya bajo el reinado de Felipe V, asumiría los virreinos de Sicilia y Nápoles.

Si importante fue la ejecutoria de cargos que sirvió, más importantes (por lo que revelaba del comportamiento nada orgulloso o soberbio de don Juan Manuel) serían todos aquellos empleos que «le buscaban ansiosamente para condecorarse con él: y él o porque las conocía, o porque se miraba a sí mismo, no se dexó hallar

de ellas» (*Relación de las exequias...*: f. 20). Según Interián de Ayala, el marqués de Villena sería tentado en más de una ocasión con la presidencia del Consejo de Castilla y con la mitra de Toledo, empleos que rehusaría sin la menor vacilación. Nada dice, por el contrario, de su nombramiento posterior como mayordomo mayor de Felipe V en 1713, siendo la última parte de su vida política despedida con la siguiente afirmación: «Después de algunos contrastes de fortuna [...] vino a Madrid, en donde vivió mas de trece años, venerado de todos, por oraculo de prudencia, por modelo de superior virtud y sabiduría, y en fin por digno de honor y de respeto» (*Relación de las exequias...*: f. 23).

Junto al pasado guerrero y político, la dimensión que más espacio ocupó del sermón del académico fue, sin duda, la referida al papel de don Juan Manuel como hombre de letras. En este apartado se observa bien la creciente importancia que en la cultura nobiliaria europea del momento se comenzaba a reconocer a las letras como definidoras de una identidad noble considerada superior (Dewald, 2003: 216-233 y Powis, 2007: 67-73)¹¹. La nómina de conocimientos atesorados por el homenajeador arrancaba en el manejo de diversas lenguas como la latina, la griega, «de la que tuvo algunas noticias», y de las «vivas y comunes en Europa, quales son la Italiana, la Francesa, y otras, llegó a lo más eminente de sus cumbres. De la Alemana y de la Turca adquirió algo mas que rudo y superficial conocimiento» (*Relación de las exequias...*: ff. 23-24). Otro tanto cabría decir de su dominio de las ciencias históricas; las «religiones y costumbres de Griegas y de Latinas»; las facultades matemáticas «las poseyó con grande magisterio [...] tanto, que se puede tener en este advertido siglo por uno de los mayores, sino ya absolutamente por el mayor Geógrapho de Europa», o la filosofía natural, la «Dialéctica, la Lógica, y aun la Metaphypisca» (*Relación de las exequias...*: f. 24). La preparación del marqués de Villena abarcaba también todo lo relacionado con las artes liberales: «la Pintura, la Escultura, la Architectura, no huyéndose a su conocimiento primor alguno de quantos estas facultades encubren o descubren» (*Relación de las exequias...*: f. 25). Pero si por algo tenía que destacar la trayectoria de don Juan Manuel fue por su papel al frente de la institución creada por su propia voluntad a su regreso de Italia. Interián de Ayala subraya en este punto como:

un año, o poco más, de llegado a España [...] viendo y considerando que las más sabias y políticas Naciones de Europa, quales son la Francesa, la Italiana, y otras, han dado a luz elegantes y copiosos Diccionarios de sus lenguas para mejor cultivo, ornato, y permanencia de ellas, y que esta gloria le faltaba a la lengua de nuestra Nación [...] consiguió llevar a su debido fin, debaxo de la proteccion de Su Magestad (Dios le guarde) la fundación de la Real Academia de la lengua Castellana. (*Relación de las exequias...*: f. 26).

11. Más específicamente sobre la nobleza castellana, véase Guillén Barrendero (2012). En concreto, sobre las letras en la cultura nobiliaria española del siglo XVIII, Precioso Izquierdo (2018).

La fundación de la academia se confunde en esta primera etapa con la que será su primera gran gesta: la elaboración del *Diccionario de Autoridades*, cuyo primer volumen (publicado en 1726) no pudo ver concluido el marqués por poco más de un año. La pérdida del primer director habría puesto a prueba la solidez del proyecto académico, una institución que pudo –como el propio Interián de Ayala subrayaba– sobrevivir muy dignamente a su fundador «gracias a Dios, gracias al Rey nuestro señor, y gracias también al que tan dignamente ha heredado las relevantes obligaciones de su Padre, que no ha espirado (sic) aun [la academia], ni se morirá: antes parece ha adquirido nuevo decoro y singularidad» (*Relación de las exequias...*: f. 27).

La memoria del noble guerrero, buen gobernador y sabio consejero construida por el autor del sermón no podía terminar sin una breve referencia al carácter piadoso y religioso del marqués. Las fuentes de la vida virtuosa de don Juan Manuel bebían directamente de la oración, a la que consagraba «poco menos de dos horas y media» todos los días, y de la lección espiritual, a partir de la meditación de la obra de fray Luis de Granada (*Relación de las exequias...*: ff. 28-29). La limosna formaba parte también de las prácticas cotidianas destacadas por Interián de Ayala, ya que «no siendo sus Estados de los más opulentos, cada año consumía en esta piadosa causa algunos millares de ducados» (*Relación de las exequias...*: f. 30). Lo mismo podía decir del ayuno, práctica por la que el marqués «passaba algunos días con solo pan y agua [...] bien contra la práctica de este siglo, en que las pocas Abstinencias y Ayunos que dicen que se guardan, apenas tienen mas que el nombre» (*Relación de las exequias...*: f. 30).

En términos más o menos parecidos elaboró su elogio el académico Joseph Casani. La exposición del texto tuvo lugar en una junta posterior a las exequias fúnebres, una reunión que estuvo presidida por el nuevo director, Mercurio Antonio López Pacheco, hijo de don Juan Manuel. El escrito de Casani tenía como misión glosar las virtudes políticas del marqués, convirtiéndose de facto en la primera biografía que vería la luz a la muerte del fundador de la academia. En la tónica anterior, el autor no ahorrará aplausos, calificativos favorables o metáforas sorprendentes para describir la vida de don Juan Manuel, como la sorprendente comparación que establece entre su nacimiento a comienzos de septiembre de 1650 en un pequeño lugar de Navarra, Marcilla, con ocasión «de ir sus Excelencias por Virreyes de aquel reyno de orden de la Magestad de Phelipe Quarto» y el nacimiento del Niño Jesús, «luz del mundo, eligió por Patria una pequeña Ciudad de Belén, yendo sus padres de camino, con la casualidad [...] de obedecer el edicto de Augusto César» (*Relación de las exequias...*: f. 34).

En general, el repaso que hace Casani de la vida de don Juan Manuel viene a subrayar muchos de los extremos apuntados en su momento por Interián de Ayala, como el hecho de la exquisita instrucción recibida en su infancia y juventud al lado de su tío, Juan Pacheco, obispo de Cuenca, con quien pasaría sus primeros años tras fallecer sus padres. De esta etapa, Casani destacará la formación de «una copiosa librería con que enriqueció su casa [...] los libros son tantos, que es de menester

fundarles casa para su habitación [...] con el estudio daba el Marqués alma a las ciencias que tenía depositadas en los cuerpos» (*Relación de las exequias...*: ff. 35-36). Como noble dedicado a la gestión de su patrimonio, sus años primeros como titular de Villena estuvieron mediatizados por el «yugo de un concurso de acreedores», un problema a cuya solución se aplicaría estrechando «quanto pudo su gasto, y en poco tiempo levantó el concurso, y quedó señor por su aplicación de lo mismo que era dueño por su nacimiento [...] Quedó gustoso, no por tener mucho, sino por poder dar mucho» (*Relación de las exequias...*: ff. 35-36).

No se olvidará Casani de referir su matrimonio con Josefa de Benavides, hija de los condes de Santisteban del Puerto, «compañera muy semejante: lo era cierto en la virtud y exemplo», de cuya unión nacerían don Mercurio Antonio y don Marciano, marqués de Moya. Tampoco pasará por alto la decisión de marchar al sitio de Breda «para militar por la Patria, por la Religión, y por Dios». Este hito en la biografía de Villena será aprovechado por el autor para recrearse en el ardor y la firme convicción de don Juan Manuel:

Dio orden al gobierno de su casa, y partió al sitio de Buda: trabajó como soldado raso, sin mas distinción que trabajar mejor. En un assalto particular acudió sin otra obligación que la de su sangre al peligro: este fue tan grande que en él vio muerto a su Primo el Duque de Béjar, y quedó el Marqués herido de un golpe de bala en el pecho: tuvo también compañeros en el riesgo y en las heridas a los voluntarios Principe de Comerci, Conde Staremberg, y Mariscal de Villars. (*Relación de las exequias...*: f. 39).

Como recompensa a sus acciones en Breda, una vez rendida la plaza, parece que el emperador Leopoldo quiso «ocuparle en Alemania», a lo que el marqués se negó para volver a España. Restituido en sus estados, el rey Carlos II «le armó Caballero del Toisón de Oro el día siete de diciembre de 1687». A partir de entonces comenzaría una nueva etapa en la que don Juan Manuel acumularía empleos del más alto nivel administrativo en la carrera virreinal (los ya mencionados por Interián de Ayala en Cataluña, Navarra, Aragón, Sicilia y Nápoles) que serían altamente calificados por Casani: «En todos sus Gobiernos mandaba siempre la integridad, la justicia y el desinterés» (*Relación de las exequias...*: f. 41). En el elogio académico se hará mención también al ofrecimiento real de la mitra toledana: «Ofreciósele gustoso; pero a quien no habían hecho eco la elación, ni la estrepitosa adoración de Capitán General, ni los solios de Virrey, no hizo ruido la encarnada silla de tan preeminente dignidad» (*Relación de las exequias...*: f. 44).

Í aceptó, en cambio, ser mayordomo mayor del rey, una decisión que le permitió estar cerca de Felipe V y al mismo tiempo dedicarse a su gran afición: «Como el empleo en Palacio daba tiempo a las letras, determinó darse tan de lleno al estudio». Esta última parte de su vida va a estar completamente mediatizada por su iniciativa final, es decir, la fundación de la Real Academia Española «en que se eternizase su nombre, y su aplicación», y su dependencia bajo «la protección del Soberano». Un hombre, en definitiva, que para Casani reunía las principales

virtudes del sabio: «porque nunca juzgó que lo era: el mayor testigo es su librería, no solo por copiosa y selecta, sino por usada». En su propio epitafio, reproducido al final del elogio, se insistía en esta idea: «Continuo en el ejercicio de las virtudes, perpetuo en el estudio de las ciencias».

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

La labor realizada por los autores de las glosas en el homenaje organizado por la Real Academia Española a su fundador sirvió para construir un primer perfil biográfico de don Juan Manuel. Esas notas se encontraban tamizadas por un barniz alegórico no disimulado ni por Interián de Ayala ni por Casani. La labor de ambos consistió precisamente en eso: idealizar la figura del marqués de Villena hasta elevarlo a la categoría política de héroe, esto es, de aquella autoridad cuya vida se constituye en ejemplo para el resto de la comunidad.

El análisis de la ceremonia de entierro y de las exequias académicas posteriores nos han permitido reconstruir la cadena de intereses recorridos a la muerte de don Juan Manuel, una serie de propósitos conectados todos con una misma finalidad: asegurar, mediante la fuerza del ejemplo del marqués, la reproducción de un orden social que solo unos pocos podían mirar desde lo más alto. De este modo, tanto el traslado de los restos hasta Segovia, como el homenaje en la iglesia de la Almudena pueden ser interpretados como medios activos en el aseguramiento de una herencia simbólica patrimonializada en primera persona por sus descendientes más directos. El entierro de don Juan Manuel en el monasterio del Parral sirvió para reforzar el vínculo de la casa de Villena con sus orígenes, señalando nuevamente un lugar de memoria que vinculaba el presente con el pasado y el futuro. Por su parte, la ceremonia organizada a instancia de los académicos con el beneplácito y presencia activa de su hijo, don Mercurio Antonio, principal beneficiario de las glosas y loas a su padre, logró asentar entre una parte de la opinión pública una imagen de excelencia y primor difícilmente discutida.

La memoria recreada en el homenaje presentó y proyectó a un marqués de Villena como titular de las principales virtudes del hombre de acción, del guerrero que toma las armas para combatir por la fe contra los enemigos del catolicismo, pero también como un noble que supo gestionar su patrimonio, administrarlo sin excesos y mirar por los más desfavorecidos. Sin embargo, entre los diversos perfiles, destaca principalmente aquel que retrata al marqués volcado en su principal pasión: los libros y el estudio. La imagen del noble formado y erudito, dedicado a las ciencias, las artes y los idiomas se hace inseparable de la biografía de don Juan Manuel. Sabio, fiel a sus obligaciones, piadoso, cercano, bueno y leal consejero serán algunos de los valores recreados por el *exemplum* del marqués de Villena en una cultura nobiliaria que buscará en trayectorias como la de don Juan Manuel hitos que permitan depurar a la nobleza posible en la España de comienzos del siglo XVIII.

5. BIBLIOGRAFÍA

5.1. Fuentes primarias

- Descripción del traslado del cuerpo de Josefa de Benavides hasta El Parral*, Archivo Histórico de la Nobleza (AHNob), Frías, c. 689, doc. 23, s/f.
- Libro de Actas de las Juntas*, 2, Archivo de la Real Academia Española (ARAE), Madrid.
- Relación de las exequias que la Real Academia Española celebró por el... señor Don Juan Manuel Fernández Pacheco, Marqués de Villena, su primer fundador y director*, Biblioteca Nacional de España (BNE), 3/33212 (14). B.3.
- Relación del entierro de don Juan Manuel Fernández Pacheco*, Archivo General de la Fundación Casa de Medina Sidonia (AGFCMS), Medina Sidonia, 5096, s/f y s/n.
- Testamento de Josefa de Benavides*, Archivo Histórico de la Nobleza (AHNob), Frías, c. 689, doc. 11, s/f.
- Testamento de Juan Manuel Fernández Pacheco*, Archivo Histórico de la Nobleza (AHNob.), Frías, c. 689, doc. 51.

5.2. Fuentes secundarias

- Álvarez de Miranda, Pedro (1993), «Las academias de los novatores», en Evangelina Rodríguez Cuadros (ed.), *De las Academias a la Enciclopedia: el discurso del saber en la modernidad*, Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, pp. 263-300.
- Andrés, Gregorio de (1988), «La biblioteca del marqués de Villena, don Juan Manuel Fernández Pacheco, fundador de la Real Academia Española», *Hispania. Revista Española de Historia*, XLVIII/168, pp. 169-200.
- Belando, Nicolás Jesús (1744), *Historia civil de España, sucesos de la guerra y tratados de paz desde el año de mil setecientos hasta el año de mil setecientos treinta y tres*, tomo IV, Madrid: Imprenta y Librería de Manuel Fernández.
- Calvo Maturana, Antonio y Martínez Maza, Clelia (2020), «Presentación. Espejos de virtud: héroes y heroínas entre la Ilustración y el Romanticismo», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 26, pp. 1-5.
- Carrasco Martínez, Adolfo (2010), *El poder de la sangre. Los duques del Infantado, 1601-1841*, Madrid: Actas.
- Carriscondo Esquivel, Francisco Manuel (2010), *La épica del diccionario. Hitos lexicográficos del XVIII*, Madrid: Calambur.
- Dewald, Jonathan (2003), *La nobleza europea, 1400-1800*, Valencia: Real Maestranza de Caballería de Ronda.
- Flores Varela, Carlos (1997), «Sobre la organización de la documentación señorial: los casos del marquesado de Villena, condado de Montalbán y ducado de Uceda», *Boletín ANABAD*, 47, 1, pp. 32-43.
- Guillén Berrendero, José Antonio (2012), *La Edad de la nobleza. Identidad nobiliaria en Castilla y Portugal (1556-1621)*, Madrid: Polifemo.
- Jara Fuente, José Antonio (1996), «Muerte, ceremonial y ritual funerario: Procesos de cohesión intraestamental y de control social en la alta aristocracia del antiguo régimen (corona de Castilla, siglos XV-XVIII)», *Hispania. Revista Española de Historia*, LVI/3, 194, pp. 861-883.

- Lázaro Carreter, Fernando (1972), *Crónica del Diccionario de Autoridades (1713- 1740)*, Madrid: Real Academia Española.
- Luzzi Traficante, Marcelo (2014), *La monarquía de Felipe V: la casa del rey*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid.
- Marcos Aldón, Manuel y Blázquez Ruz, Ricardo Víctor (1999), «Fuentes para la historia de la Orden jerónima: D. Juan Pacheco y el Monasterio de Santa María del Parral», en Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla (coord.), *La orden de San Jerónimo y sus monasterios: actas del Simposium*, vol. II, Madrid: Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, pp. 643-651.
- Mínguez, Víctor (1991), «El fénix y la perpetuación de la realeza: el catafalco de Carlos II en la catedral de Lima en 1701», *Millars*, 14, pp. 139-152.
- Molina Puche, Sebastián y Ortuño Molina, Jorge (2009), *Los grandes del reino de Murcia. Los Marqueses de Villena: caída y auge de una casa aristocrática*, Murcia: Real Academia Alfonso X El Sabio, pp. 46-121.
- Olivet García-Dorado, Jesús (2018), «Celebraciones fúnebres y proyección socio-religiosa del Cabildo de Curas y Beneficiados de Toledo (1436-1488)», *Estudios Medievales Hispánicos*, 6, pp. 81-104.
- Powis, Jonathan (2007), *La aristocracia*, Madrid: Siglo XXI.
- Precioso Izquierdo, Francisco (2014), «Patronazgo nobiliario en la administración borbónica. Macanaz y el beneficio relacional de la fidelidad», en Juan Hernández Franco, José Antonio Guillén Berrendero y Santiago Martínez Hernández (dirs.), *Nobilitas. Estudios sobre la nobleza y lo nobiliario en la Europa Moderna*, Madrid: Doce Calles, pp. 349-367.
- Precioso Izquierdo, Francisco (2017), «Patronazgo nobiliario y administración en la España del cambio dinástico. Prácticas y beneficios del servicio a una casa aristocrática», en A. Carrasco Martínez (ed.), *La nobleza y los reinos. Anatomía del poder en la monarquía de España (siglos XVI-XVII)*, Madrid: Iberoamericana/Vervuert, pp. 593-614.
- Precioso Izquierdo, Francisco (2018), «Un problema académico: la idea de nobleza en la primera mitad del siglo XVIII. Los discursos de Pedro Scotti y José de Abreu en la Real Academia Española», *Hispanic Research Journal*, 19, 4, pp. 345-360.
- Serrano Martín, Eliseo (2014), «Las exequias de María Luisa Gabriela de Saboya en Aragón (1714). Política y religión en los discursos funerales», *e-Spania*, 17 [en línea], Doi.org/10.4000/e-spania.23334
- Varela, Javier (1990), *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la monarquía española (1500-1800)*, Madrid: Turner.
- Velasco Moreno, Eva (2000), «Nuevas instituciones de sociabilidad: las academias de finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII», *Cuadernos Dieciochistas*, 1, pp. 39-55.
- Zamora Vicente, Alonso (1998), *Historia de la Real Academia Española*, Madrid: Espasa Calpe.

